ANTONIO MACHADO EN REALIDADES Y DOMINANTES

SITUACION Y PROBLEMATICA

0.1. *La autenticidad*

Aunque refugiado en máscaras, nunca se disfrazó Antonio Machado. Su «uno» es como síntesis del plural «muchos» y hasta, si se apurase, «de los demás». Hay una contante en su sensibilidad: el ser adicto a la poesía humanística, fuera de barrozales y cumbres inaccesibles. En ese sentido, es cordial su posición, pese a lo seco de su lenguaje y del juego, muy sencillo la más de las veces, de sus metáforas. Tal vez le convenga a Machado la soledad, la paisajística de par en par abierta de las horas de Castilla. Sus raíces, más que andaluzas, se sumen en terruño de Castilla la Vieja. Se rezuma angustia así, pero es su lento vivir, la odisea tranquila de sus borbollones de interioridad. El amor, la esperanza, se insertan en sus palabras, confieren unicidad a sus creaciones, le abren paso al mundo, y así expresan su secreta totalidad, su plural en «nosotros», actores y testigos, siendo, como se sabe, en la historia de fuera (nada de intra-historia unamunesca) que se encarna en «nosotros», una realización de la palabra de comunidades, la palabra en su sitio, esto es, «en su tiempo». Una poesía sitiada y acechada. En tradición de vida (el existir de pueblos más que el de ciudades) que se vuelve presencia y realidad. Porque la palabra «pueblo» no era limitación de clase social en Machado, y se desparramaba como siembra esperanzadora. Palabra de residencia terrestre, y que acarrea haces de mirada clara, serena, aceptadora. No hay rebeldía excesiva en su poesía. ¿Y qué es eso de rebelarse exageradamente? ¿No es mero relumbrar de ideas concisas y comunes, diría yo, asimismo triviales? Las máscaras se las puso y se las quitó siempre Machado. No sé si es

porque el tiempo fluía y resbalaba en su sensibilidad, como si se le escapase. En las estrofas de sus poemas no había cepo de ninguna clase. Esa es su autenticidad. Su naturalidad. Porque se sitúa en la historicidad cotidiana del tiempo, de su tiempo. Por eso es problemática y crítica la poesía machadiana. Por darse cuenta del entorno, además de su propia soledad. Por la ecuación de soledades, que trasciende en una poesía de cultura hondamente asimilada y, por ello mismo, desprovista de espejismos y de efectismo «cara a los lectores», enfrentándose con ellos y no seduciéndolos. Sin embargo, ¿puede negársele su significación oportuna, su ejemplaridad de poeta al nivel de los días y a escala humana, sobre todo en relación con España? También de ahí, precisamente, se deriva su frontera, su alcance, de ahí surgen sus límites en cuanto a proyección y propagación de sus versos. Un poeta encuadrado en su paisajística. Una poesía con memoria activa, al servicio de las verdades del hombre, de sus exigencias. ¿Cabe mayor autenticidad?

0.2. *Poeta del pueblo*

Las cosas se ponen en movimiento y la ruleta del existir va dando vueltas. ¿Dónde se para? ¿Quién acierta en el buen número de la suerte? Es lo que puede relacionarse con la poesía machadiana, con la afirmación de sus textos más conocidos. Incluso, añadiendo prosa, y sobre todo lo escrito durante la guerra de España en 1936-1939, prosa y verso con una dolencia desgarradora. Una poesía malherida, una prosa lúcida en su dolor. Parece ser que así se justifica el punto de vista que se concentra en la expresión «Antonio Machado», poeta del pueblo» que algunos críticos han utilizado. No estimo acertado tal enfoque. Quien «duda de su propia duda», y tal es el caso de Antonio Machado, no se acerca suficientemente al sentir concreto y avanzador del pueblo. Acaso la dicotomía la forje la cultura. Escuchemos lo dicho por el poeta: «Escribir para el pueblo, ¡qué más quisiera yo! Deseoso de escribir para el pueblo, aprendí de él cuanto pude, mucho menos, claro está, de lo que él sabe. Escribir para el pueblo es escribir para el hombre de nuestra raza, de nuestra tierra, de nuestra habla, tres cosas inagotables que no acabamos nunca de conocer» (Cf. *Obras*, p. 528). Un contenido humano-moral le alecciona, es su empuje y su meta. La consiguiente, pero no con arreglo a determinada capacidad de absorción del pueblo, ni en estructura del poema ni en el «desarrollo» de su encaminamiento expresivo. Pese a la claridad, Machado no es poeta del pueblo.

Pero en lo tocante a fe y a solidaridad, lo es, o sea, poeta para el pueblo. Los lazos son insoslayables, y, sin embargo, exígese adhesión desde muy dentro, y eso frena la lectura directa y esencialmente comunicativa. Si se compara con la poesía de Miguel Hernández, se ve acto seguido la diferencia. En Valencia, en 1937, en acto público de combatientes, obreros e intelectuales, se le declaró a Miguel Hernández el «primer poeta del pueblo». Claro que se trataba de circunstancias especiales, no cabe olvidarlo. En Antonio Machado, no interviene como imán el poema, y las palabras machadianas no se cargan de electricidad como las miguelhernandianas. Con el pueblo, sí, naturalmente, ambos poetas se hallan en comunión profunda. Yo me refería más bien al lector popular, al lector del pueblo que es quien firma y refrenda tal aprobación, tal sentir, tal aceptación. Una poesía ética-estética, lo que siempre prosiguió obstinadamente Machado, es poesía de espinas, llena de dificultades. O acaso, como en determinados poemas-romances de García Lorca, es que «así, y así surgían del manantial. La prueba (¿es la prueba esencial?) es que a la gente sencilla y sin complicaciones de aldeas y pueblos les gustaba oír poesías de Miguel Hernández y de Federico García Lorca, se embelesaba incluso. Porque uno y otro, con concepciones y posibilidades muy diferentes, «oían» al latir de la naturaleza y de los hombres. En Antonio Machado hay filosofía, hay saber, hay cultura. Todo pasado por el tamiz del quehacer de la creativa poemática, desde luego, pero... ya dicho de otro modo, cantando con ritmo más seco y más serio. Poesía para con el pueblo, sí, de eso no cabe la menor duda. Le movía al poeta su íntima convicción: «Si algún día tuviéreis que tomar parte en una lucha de clase, no vaciléis en poneros al lado del pueblo, que es el lado de España, aunque las banderas populares ostenten los lemas más abstractos» («Hora de España», Valencia, 1937). Una definición, una situación, y ahí, el papel del poeta. La función popular del poeta. La complicación surge al querer establecer alianza de unión perfecta entre este papel y el poema escrito. Hay un «yo» filosófico siempre en Machado, es su Isla y su frontera. Por algo quiso que Juan de Mairena le sirviese de emisario:

> *Por mucho que valga un hombre, nunca tendrá valor*
> *más alto que el de ser hombre.*

Ahí, las raíces más emocionadas, el hombre en su valor significativo, en lo que no puede eliminar ni borrar. En lo más auténticamente popular quiso sumirse Machado, en su caminar terco y noble

dentro de la «sentimentalidad colectiva». Poesía, pese a todos los pesares, la suya, que no es popular, sino de realidad de pueblo, para con el pueblo.

0.3. *Los enfoques*

¿Puede mencionarse lo de poeta ortodoxo y homogéneo en cuanto a ideal, y lo de heterodoxo y heterogéneo en lo relativo a vivir? Sí, por qué no, dadas las ansias y los sinsabores de la existencia machadiana. La fidelidad y la preocupación se unen a algunos puntos concretos: amor, esperar, lucidez. Casi pudiera hablarse de horizonte de profecía en la obra machadiana, desde su visión de España del siglo XIX hasta la más reciente y en llamas que le tocó vivir en sus años finales. Amplitud de las circunstancias, variedad de sentires y políticas, juego y paradoja de decires y pensares, que el poeta logró aunar dentro de su unidad, la que le entregaba una España día tras día. Como si fuese la tenaz tarea del campesino, por los mismos surcos siempre y con diferentes semillas y en la eterna incertidumbre de saber o no saber si habría buena o mala o mediana cosecha. Un barajar de naipes y en espera de la suerte aunque intervenga el oficio y la voluntad, la entrega apasionada de uno mismo, del «yo» cotidiano junto al «yo» filosófico. Y es que, al fin y a la postre, no se aparta del recorrido manriqueño, dejando que en su corazón se eche ancla con eso de que «nuestras vidas son los ríos / que van a dar en la mar / que es el morir».

A Machado le atrae el juego teatral, el encubrirse y transformarse, con la desnudez del misterio más personal. Es poeta polifacético en su galería de máscaras y antifaces. Los ojos, los mismos, y la mirada, diversificada. La tensión de lo interior, en sus batallas exteriores. ¿Cómo darles escena y rigor? Se resume la heterogeneidad del ser poeta, del hombre que es poeta, en la suma de varios seres, convergentes y desembocadores en el mar de la unidad humana, tan insoslayablemente y verídica: la residencia en la tierra, como dijo Pablo Neruda. Porque es alianza y síntesis de sus múltiples encaminamientos, o sea, la complejidad y la contradicción del hombre unido tan sólo en su existir solitario. ¿Conviene sacar a relucir lo de cierto y lo de apócrifo? En Antonio Machado era mostrarse en ventanales y balcones de diferente colorido o brillo solar. Eso le permitía exponer el haz de sus multiplicidades de hombre. Cronológicamente, se fueron realizando las soledades de su galería creativa, desde Jorge Meneses, Abel Martín, Pedro de Zúñiga (aunque

sólo fue pensamiento; en una ocasión, dirigiéndose a Ernesto Giménez Caballero, para su «Gaceta Literaria», le dijo: «Entre manos tengo mi tercer poeta apócrifo: Pedro de Zúñiga, poeta actual, nacido en 1900») y Juan de Mairena, para encontrar morada permanente en su nombre de pila y dos apellidos: Antonio Machado Ruiz. Una heterogeneidad que evoca «sentencias, donaires, apuntes y recuerdos», ya sean de poetas, ya sean de «profesor apócrifo», y así definía a su Juan de Mairena. Un poco poeta y un poco escéptico, añadía Machado. Se redondean las mil y mil posibilidades de pensar y de vivir y de escribir en aproximaciones complementarias de una «literatura»... que cada día «es más escrita y menos hablada», y que el poeta añora como más hablada y menos escrita, mutatis mutandis. Dos momentos machadianos lo atestiguan (sacados de Juan de Mairena):

> Cuando se ponga de moda el hablar claro, ¡veremos!, como dicen en Aragón. Veremos lo que pasa cuando lo distinguido, lo aristocrático y lo verdaderamente hazañoso sea hacerse comprender de todo el mundo.
>
> Lo importante es hablar bien: con viveza, lógica y gracia. Lo demás se os dará por añadidura.

Estas consejas me obligan a pensar en Max Aub y en su «Jusep Torres Campalans», un catalán u otra cosa que se llamaba José y nunca Josep, mostrado como «figura de artificio» por su autor. ¿Quién es mayor veracidad, el personaje o el escritor? Como si quisiese defenderse en curado y para realzar su cometido literario, Marx Aub da dos citas. Helas aquí. Una, de José Ortega y Gasset: «Hay que considerar cada obra de arte como un pedazo de la vida de un hombre» (Papeles acerca de Velázquez y Goya). Y la otra, de Santiago de Alvarado: «¿Cómo puede haber verdad sin mentira? (Nuevo mundo caduco y alegría de la mocedad en los años de 1781 hasta 1792). Pensar, hablar, aconsejar. Lo hacía Antonio Machado, era su propia silueta profesoral, esto es educativa. Y es lo que asimismo me hace pensar en Rainer Maria Rilke y en sus «Cartas a un joven poeta». Pedazos de la vida, poemas como trozos de un espejo hecho añicos, el corretear de la pluma sobre superficies blancas. La creatividad, y que se vaya a literatura más hablada que escrita. Una hipótesis, un camino. No todas las hipótesis, no todos los caminos. La homogeneidad y la heterogeneidad, la ortodoxia y la heterodoxia, sin dejar de ser nunca lo que se es, pero también en incesante búsqueda del «yo» en lo plural, en los demás, o sea, en el prójimo y en el otro «yo», que es eco de

espejo de la gente, pretendiendo llegar a ser realidad y vida en los demás, ser otro, aunque persistiendo en lo que no puede dejar de atarnos a todo y a todos: nuestra radical y tajante soledad. Antonio Machado, así, más claro en su prosa que en sus poemas, pero con indudable sentir social, en desfile de sus habitantes interiores, sus escritores que presenta como meramente «apócrifos». El poeta obtiene con ellos y gracias a ese método la comunicación intensa y profunda, que es su ideal ortodoxo y homogéneo, junto a su posición ante la vida que pudiera aparecer como heterodoxa y heterogénea. Pero, ¿por qué tanta dualidad? Repitamos lo que dijo en Juan de Mairena: «Cuando estudiemos más despacio estos fenómenos de la lengua viva, nos habremos apartado bastante de la literatura; pero no mucho, como acaso penséis, de la poética.» Ya se ve: Antonio Machado sigue (y pro-sigue) con las suyas, en sus trece entremetido siempre. El hombre, el artista, en sus exigencias, en las contingencias. Sus «apócrifos» le sirvieron de portavoz, acaso se opoyó en ello, como si se refugiase en lo más hondo, para dar a conocer su continuidad sin tachaduras.

0.4. *La poética*

Sáquese de los cuadernos de Juan Mairena, como ejemplo muy representativo, la siguiente frase: «No es la lógica lo que el poema canta, sino la vida, aunque no es la vida lo que da estructura al poema, sino la lógica.» En esas estamos, con un sol de puro Mediterráneo. A Antonio Machado le interesa el bullir y la trabazón de diversidades, para búsqueda del problema de la poesía, y es que «los poemas están excesivamente lastrados de pensamiento». ¿Los suyos, los de los demás?

Siempre fue hostil Antonio Machado a la hinchazón artificial de las palabras, engarzadas en versos y estrofas, atacó lo barroco por innecesario en la comunicación abierta. Así, en «Nuevas Canciones» lo estipuló y su crítica subrayaba lo meramente gestual y alejado de la acción evidente de los hombres. Pero reconocía su intensidad interna, la acuciante acometida desde dentro. Se trata del texto poético que lleva por título «Proverbios y cantares»:

El pensamiento barroco
pinta virutas de fuego,
hincha y complica el decoro.
Sin embargo —oh, sin embargo—

hay siempre un ascua de veras
en un incendio de teatro.

Las alusiones a una comunidad de sentimentalidad colectiva y nueva requieren otros senderos, otra metodología del construir inspirado y razonado, esa urgente trabazón de realidades. Le interesaba el dinamismo, y por intuición rechazaba toda presencia de fermentos cansados, aristocráticos y recargados, la presencia churrigueresca del lenguaje y de las imágenes. La tensión es elemento positivo, y sus apócrifos se resguardan en su serie titulada «Recuerdos de sueño, fiebre y duermevela» (Cancionero apócrifo). La sensibilidad, siempre al acecho. La poesía temporal, o sea, con el hombre en medio, y la vida como epicentro. Las vibraciones, acaso, ese ir y venir de las palabras en busca de sedienta libertad moral-estética. Pero, sin embargo, sin acatar normas de lo que era moda para el poeta, la irrupción nueva del poema en verso libre. Por eso, en «Nuevas Canciones», el poeta se decía y a todos pregonaba, tercamente:

Verso libre, verso libre...
Librate, mejor, del verso
cuando te esclavice.

¿Qué le atraía, pues? La duda le corroía, surgían bandadas de pájaros en la áspera fatalidad, y otras veces se dejaba acunar como un niño. El gesto en su escueta apariencia nunca le interesó; buscó ahondar más, y lo activo era para él objetivo. Pero, ¿con qué colorido, con qué ropaje? El aliño vestimentario de las estrofas era ritmo más que estructura. Tal vez convenga situarlo en versos muy célebres suyos:

¿Soy clásico o romántico? No sé. Dejar quisiera
mi verso como deja el capitán su espada,
famosa por la mano viril que la blandiera,
no por el docto oficio del forjador preciada.

Una poesía en busca de luminosidad y hondura. Un caminar meditado, lento, muy sosegado en su tiempo, al escoger la savia y la significación de las palabras. Luminosamente, profundamente, tal como lo viera Rubén Darío al evocar el «El canto errante» al Antonio Machado de épocas juveniles. Poesía con círculos concéntricos de misteriosidad. En la soledad y en el diálogo solidarizado. La obstinación, y siempre la duda con sus escollos. Al fin y al cabo todo es cantar y contar. Así lo dijo Machado:

Canto y cuento es la poesía
se canta una viva historia
contando su melodía.

(Obras completas, pág. 325).

No obstante, el relato no es todo ni mucho menos. Se necesita esa llameante verdad del que habla y la de quien escucha, interpretándose, escudriñándose, el lenguaje es espejo aun en un verso en carne viva; así:

Con el tú de mi canción
no te aludo, compañero;
ese tú soy yo.

¿Identidad? ¿Dualidad? ¿Y por qué una prolongación que no excluye a ambas presencias, que establece desembocadura y convergencia de dos simultaneidades del «yo»? Es la gavilla con sus mil briznas de paja que salen por aquí y allá, pero sin dejar de estar atadas y trabadas al mismo conjunto: al ramillete de oro que surgió de las mieses logradas. El canto, como pensar vivido; el canto, como vida pensada. Y en el tiempo angustiado.

¿La magia? ¿Sortilegios del ahondamiento misterioso y apasionado del canto-cuento? Dándole la palabra a uno de sus «dobles», a uno de sus apócrifos, veamos lo que nos explica Machado. Es en sus *Obras completas,* pág. 302.

«Necesita, pues, el pensar poético una nueva dialéctica, sin negaciones ni contradicciones, que Abel Martín llama lícita y. otras veces, mágica, la lógica del cambio sustancial o devenir inmóvil, del ser cambiado o el cambio siendo. Bajo esta idea, realmente paradójica y aparentemente absurda, está la más honda intuición que Abel Martín pretende haber alcanzado».

Es lo perseguido por Antonio Machado, una dialéctica lírica, mágica, en su hondón intuitivo, y que nunca se consigue. O pocas veces. Cuando se lee en lectura sincera, sin dobleces. Machado, ya desde 1919 (o sea, antes, porque es texto del prólogo a «Soledades, galerías y otros poemas», 1919), ansiando y soñando nos dice que hay que sobrepasar el arte subjetivista como «una tarea común (que) apasione las almas» y es que «sólo lo eterno, lo que nunca dejó de ser, volverá a fluir». En todo, hombre y paisaje, historia y sueño, en el canto soñado que se cuenta o expone. Y si el poema tiene que cantar es porque sueña y revive, como fusión de constantes dialogadoras y en la fulguración de instantaneidades complementarias.

Conciencia clara para escribir poemas. Porque el poeta es enjambre y racimo de muchos poetas. Los que lleva dentro, los que le rodean desde fuera. Y se concluye, como una firma sin arabescos, en un postulado machadiano de mucha entereza: «diálogo del hombre, de un hombre con su tiempo». La pluralidad, los demás, se proyectan en el «yo» del uno, en el singular de la acción cantada y contada. Por eso, recuerda el poeta, siempre «converso con el hombre que va siempre conmigo». Lo de que no hay noria sin agua, y tampoco cielo sin nubes. ¿La «eternización de la momentaneidad» que Unamuno aconsejaba? Sea lo que fuere, Antonio Machado no es víctima de engaño o de inocencia, y en «Reflexiones sobre la lírica» escribe lo siguiente: «La poesía pura, de que oigo hablar a críticos y poetas, podrá existir, pero yo no la conozco». ¿La intuición vagabunda, proclamada por Gastón Bachelard? En Antonio Machado todo se sensibiliza en rotunda postura creativa, al confirmar que la poesía es:

Ni mármol duro y eterno,
ni música ni pintura,
sino palabra en el tiempo.

Por eso se encamina a pasos lentos, pausadamente, sin andarse por recovecos, hacia poetas serios y formales, hondos y consejeros, siendo Berceo uno que figura en la vanguardia poética de España, como acertadamente deja dicho en «Mis poetas»:

El primero es Gonzalo de Berceo llamado,
Gonzalo de Berceo, poeta y peregrino,
que yendo en romería acaeció en un prado,
y a quien los sabios pintan copiando un pergamino.
Trovó a Santo Domingo, trovó a Santa María,
y a San Millán, y a San Lorenzo y Santa Oria,
y dijo: Mi dictado non es de juglaría;
escrito lo tenemos; es verdadera historia.
Su verso es dulce y grave; monótonas hileras
de chopos invernales en donde nada brilla;
renglones como surcos en pardas sementeras,
y lejos, las montañas azules de Castilla.
El nos cuenta el repaire del romeo cansado;
leyendo en santorales y libros de oración,
copiando historias viejas, nos dice su dictado,
mientras le sale afuera la luz del corazón.

Exactamente se refleja una poética al día, en su historia, cantando y contando. No lo meramente anecdótico, a Antonio Machado no le

interesa, sino lo hondamente sentido y vivido, el fuego interior de que nos hablara Unamuno y que en estos versos evocadores de Berceo se transforman en luz, la luz del corazón que tiene que rezumar y salir afuera, para que los hombres y los paisajes la reciban, como en la totalidad poemática. Espejeando. Con su ritmo y su melodía. Espejeante poética. La dicha de modo cabal y sencillo en «Nuevas Canciones» (la LXXI):

Da doble luz a tu verso,
para ser leído de frente
y al sesgo.

Posiblemente, en sueños dialogados, en la presencia de mil resonancias, en esa dialéctica mágica, lírica, allanándose en la cotidianidad, porque «la rima verbal y pobre, y temporal, es la rica». La sencillez, la luz del corazón.

0.5. *La política y la filosofía*

¿Es que el hombre de sumiso aliño indumentario y con leyenda de manchas de colillas en el gabán supo interesarse por las acotaciones ético-sociológicas y político-filosóficas de su tiempo histórico? ¿Puede ponerse en tela de juicio ese planteamiento auténticamente machadiano y ratificando que todo, en literatura, se ceñía en torno «del Hoy que será Mañana, / del Ayer que es Todavía»? Así se lee en texto de 1924, en la composición «De mi cartera». Hundiéndose en la vida, y en obra peregrina, desde Andalucía a Castilla, y desde Castilla a Andalucía, y luego a Valencia, y a Barcelona, para dar con sus huesos, como es sabido, en tierra ya al otro lado de la «raya catalana», en Collioure, Machado estaba dentro de los problemas de su historia. Siempre lo estuvo, y con raíces familiares incluso y con la actuación de la Institución Libre de Enseñanza en sus orígenes y sembradura de ideas. Resultaba difícil, a ratos, suponerlo. Siempre silencioso, al margen casi, lo mismo en Baeza que en Soria y Segovia. Por cierto, que Pablo Neruda nos ha dejado una silueta de ese entonces: «A don Antonio Machado lo vi varias veces sentado en su café con su traje negro de notario, muy callado y discreto, dulce y severo como árbol viejo de España» («Confieso que he vivido», Seix Barral, 1974, p. 167). Una silueta que es un retrato: la placidez por fuera, y lo atormentado por dentro. Siempre merodeando alrededor de las preocupaciones; tanto es así, que se nos presenta en su obra (prosa y verso) como un autor conflictivo, vivo y clásico, enfrentán-

dose con los hechos y ensueños de nuestro tiempo, un hombre ante las inamovibles contradicciones del existir y del pensar.

«La vida española ha sido siempre muy beocia. Yo no creo que el ambiente de hoy sea de mayor incultura que el de hace veinte años, por ejemplo», declaró en interviú *(El Sol,* 9 de noviembre de 1934). Y la permanente obsesión de la realidad problemática española estipulada quedó en sendos poemas. «El mañana efímero» y «A una España joven» son muestras rabiosamente ejemplares. Y asimismo «Del pasado efímero» y «Los olivos». Y, naturalmente, su poesía escrita durante la guerra, sobresaliendo esa maravillosa composición que lleva por título «Amanecer en Valencia», con su serie de seis sonetos, fechados en Rocafort, marzo de 1938. Una tensa hondura en las preocupaciones de Machado. Testimonio y fidelidad. Entereza, también. De hombre lúcido, sensible y atormentado. Doliéndose todo, el país y sus hombres, doliéndose España, como le ocurría al vasco Unamuno.

De todos modos, no puede decirse que el afán político fuese lo esencial en Machado; es decir, no de modo coherente y partidista. Eso no cabía en su corazón. Pero sí se alojaban en él las eventualidades políticas del hombre-uno y del hombre-todos en una solidaridad que él ansiaba y a la que se ofrecía en sus últimos tiempos. La trayectoria queda muy definida en sus colaboraciones de «Hora de España», y lo mismo en su intervención ante el II Congreso Internacional de Escritores, en 1937 y en Valencia. En pura conciencia humana. Y con el pueblo como estandarte. Una invención machadiana (es decir, creada por su apócrifo Juan de Mairena) es la Escuela Popular de Sabiduría, casi con la misma terminología que las Escuelas Populares de Guerra que por aquellos años se fundaron en Valencia y su comarca (Godella, por ejemplo). Lo político, es lo ético. Así lo concebía Machado. Y muy hondamente, pues afectaba a los días y a los trabajos de los hombres. Defendiendo, acaso con excesivo ensueño, el papel activo e independiente del hombre, encarándose con la tecnocracia ya entonces en ciernes y avasalladora. Buscaba el poeta un nuevo humanismo, con el hombre como sujeto lúcido y director y no como vasallo u objeto. Un intimismo hecho solidaridad compartida. En los sufrimientos más que nada, pero en prólogo optimista en dos versos suyos muy característicos:

La primavera ha venido
del brazo de un capitán.

Y que se prolongan, en la misma estrofa, en otros dos versos

absolutamente complementarios y necesarios en la adhesión machadiana a la historia:

Cantad niñas, en corro:
¡Viva Fermín Galán!

Es que debe recordarse que el 14 de abril, en Segovia, fue Antonio Machado uno de los que en el Ayuntamiento segoviano izaron la bandera republicana. Y más tarde, en «Hora de España», lo precisaba así: «¡Aquellas horas, Dios mío, tejidas todas ellas con el más puro lino de la esperanza, cuando unos pocos viejos republicanos izamos la bandera tricolor en el Ayuntamiento de Segovia»!

La pureza del lino de la esperanza, y asimismo la pureza ingenua de la estrella de Joan Miró en el cartel anunciador del homenaje a Machado en Baeza y que, por cierto, no llegó a realizarse, por falta de autorización gubernativa final. La esperanza, y las alas abiertas de las golondrinas, la primavera... ¿Ilusiones en todos y, por lo tanto, en el poeta? Acaso, más bien, era el zumo del vivir al deslizarse en la comunicación humana, exigencia muy machadiana siempre. Eticamente. Moralmente. Sociológicamente. Por proyección constante de sus preocupaciones. Hoy y ayer y mañana, lo que por intermediario personaje nos dijo Machado: «Juan de Mairena mira las cosas con su criterio de librepensador, un poco influenciado por su época de fines del siglo pasado, lo cual no obsta para que ese juicio de hace veinte o treinta años puedan seguir siendo completamente actual dentro de otros tantos años» (*La Voz*, Madrid, 1938). Sí, ya lo dijo antes, en los versos del poema «Retrato» (de *Campos de Castilla)* voceando que en sus venas había «gotas de sangre jacobina», los ecos de la Revolución Francesa de 1789 anidaban en la esperanza popular machadiana. Evolución ideológica que, al correr de los años, le llevaría a definirse muchas veces durante la guerra española y para cantar junto al pueblo, y en análisis de político social apoyándose en el pueblo. Aunque de puro individualismo, ¿hubiese llegado a tener ideas concretamente socialistas? Es pregunta que ondea en el viento. Con respuesta posiblemente afirmativa, si... Pero no ocurrieron las cosas que la hubiesen facilitado. Pero en el semanario *Ahora*, de la JSU, en Valencia, y en 1937, declaró Antonio Machado que «el socialismo es la gran esperanza humana ineludible» y que «la revolución es siempre desde abajo y la hace el pueblo». Palabras que corresponden sin dicotomía alguna a lo dicho en «Discurso a la JSU», Valencia, 1937: «Desde un punto de vista teórico, yo no soy marxista, no lo he sido nunca, es muy posible que no lo sea jamás. Veo, sin embargo, con

entera claridad, que el socialismo es la gran experiencia humana de nuestros días». Su concepción tenía raíces de lúcido arraigo en activa realidad del país. ¿No es lo que ya en 1912 proclamara en «Nuestro patriotismo y la Marcha de Cádiz»? Recordémoslo, y como base de introducción a las ideas ético-políticas machadianas: «Sabemos que no es patria el suelo que se pisa, sino el suelo que se labra». Porque nunca estuvo Machado «au-dessus de la mêlée» como años antes había aconsejado el galo Romain Rolland, sino que se situaba dentro del perímetro angustiado y esperanzado que es vivir y sentir a la altura de las circunstancias. Despegado de todo partido, como ya queda subrayado, pero entregado con júbilo casi juvenil a los albores del mañana solidario y colectivamente sembrado y cosechado. En ese discurso citado ya, que el poeta dirigió a los jóvenes alistados en la JSU, y tras manifestar su pánico ante la mansa disciplina de la vejez, lo que él calificó como «esa vejez anárquica, en el sentido peyorativo de estas dos palabras», resume su pensamiento con las siguientes frases finales: «Tal vez porque soy demasiado romántico, por el influjo, acaso, de una educación demasiado idealista, me falta simpatía por la idea central del marxismo: me resisto a creer que el factor económico, cuya enorme importancia no desconozco, sea el más esencial de la vida humana y el gran motor de la historia. Veo, sin embargo, con entera claridad, que el socialismo, en cuanto supone una manera de convivencia humana, basada en el trabajo, en la igualdad de los medios concedidos a todos para realizarlo, y en la abolición de los privilegios de clase, es una etapa inexcusable en el camino de la justicia; veo claramente que ésa es la gran experiencia humana de nuestros días, y que todos de algún modo debemos contribuir. Ella coincide plenamente con vuestra juventud, y es una tarea magnífica, no lo dudéis.» Antonio Machado creía que todo lo veía con entera claridad, seguro que hasta sinceramente lo intentaría, pero no cabe afirmarse que se entregaba por razón, sino por sentimiento, y la adhesión rotunda y honda se perfilaba tan sólo en cuanto al convivir en afanes unificados, enfocados hacia un humanismo de libertad y de justicia. Ese era su horizonte, y tal fue su encaminamiento de colorido político. No es poco, claro está; presupone calor entrañable de poesía con savia de hombre y de pueblo. Las raíces que sujetaban a Machado y que le dejaban intacto en lo tocante a colaboraciones definitivas de partido o sindicato, quedan reflejadas en su dudar permanente. Es más, a ello aspiraba como educador. Y nos dijo: «Yo os enseño o pretendo enseñaros a que dudéis de todo: de lo humano y de lo divino, sin excluir vuestra propia existencia como objeto de duda» (J. de Mairena, póstumo, «Hora de España»). Ese era

el Antonio Machado más tajante y menos sometido a mutaciones de última hora.

REALIDADES

1.1. *El amor*

No hay poesía sin amor, es inconcebible. Para Antonio Machado, y gracias a su apócrifo representante Abel Martín, es alta teoría que no puede capitular nunca, en las estrofas y en la prosa incluso debe alzarse con vuelo garboso o sensato «el apasionante problema del amor». Fue siempre su constante, la aguja que marcaba invariablemente en su brújula de uso personal el horizonte a seguir, y al que a rajatabla obedeció. Con otro de sus autores representativos, aunque apócrifos, con su incondicional Juan de Mairena, se atrevió a decírnoslo, aunque en contexto amplísimo, el amor sin orillas: «Yo os enseño... o pretendo enseñaros el amor al prójimo y al distante, al semejante y al diferente, un amor que exceda un poco al que os profesáis a vosotros mismos, que pudiera ser insuficiente» (Hora de España»). Rompiéndose las ataduras de la intimidad, zambullirse con ojos abiertos o cerrados, según lo exija el momento, en el amor exterior, desde dentro a fuera, volcándose, porque lo introspectivo, amorosamente, pudiera ser insuficiente. El poeta lo piensa así desde su mirador de acuciantes sinceridades. El amor, alimento y motor de su poesía.

Amar, es tarea animadora, empujadora, y muchas veces homenajeante. Ante algo concreto, o ante algo borroso. De todos modos, una u otra presencia existe en función de la ausencia de lo que se sustituya momentáneamente. Es su vocero Abel Martín quien lo indica atinadamente: «El amor comienza a revelarse como un súbito incremento del caudal de la vida, sin que, en verdad, aparezca objeto concreto al cual tienda». Pero no se trata de espejismo, ni mucho menos, y tampoco de desvaríos quijotescos, con brillar próximo o lejano de aguas que reverberan o de sombras que oscilan. El amor, cual necesidad, y casi sin justificación, porque sí, porque tiene que serlo. Eso, es su arranque, en su motividad, o sea, en la mente del poeta.

Vida y, tal vez, espontaneidad; vida, y seguro que surge incremento del caudal suyo, vida rica en sus tensiones de amor. Que acarrea inmediatamente la soledad. Para ir luego al gozo completo, ya sea en ser, ya sea en idea ya, sea en amor a los demás, en su

proximidad y en su distancia siempre, respecto a esas tres posibilidades de amar. ¿Romanticismo? Tal vez haya ascuas de esa corriente en Machado, él confesó siempre que se sentía algo romántico.

Pero amor es soñar, amar es sueño. Cuando «el amor comienza a ser consciente de sí mismo», lo reitera Abel Martín. No obstante, el contrapeso surgía de otro diálogador machadiano, de Juan de Mairena: «Estimad a los hombres por lo que son, no por lo que parecen» y que en nueva sentencia maireniana nos obliga a darnos cuenta de la hondura del diálogo del amor, ya sea pensado, ya sea, pregonado, ya sea experimentado: «El que no habla a un hombre, no habla al hombre; el que no habla al hombre, no habla a nadie».

Ya estamos prevenidos, y hasta el propio Machado lo está ¿Adónde irá, pues, el amor?

La situación es concreta, todo se redondea y se precisa, las palabras y los sentires de la poesía de amor, la noria en su agua. ¿O es que cabe otro derrotero y otra recepción de los sentimientos? Amar y vivir y soñar, la ecuación más completa. Antonio Machado diseña ese perfil en dos momentos muy diferentes. Nos dice en «Los complementarios»:

Entre el vivir y el soñar
está lo que más importa.

Y en «Nuevas canciones», ya en 1924, otros versos suyos se adentraban en misterios de la psicología amorosa:

Un corazón solitario
no es un corazón.

El alcance emocional lo proporciona el lenguaje y con tal vehículo se va de la intuición-poesía al realismo-vida. Como incremento de la interioridad, como desdoblamiento en problemas y dichas. El amor, con los lienzos de la memoria, naturalmente, y es lo que arde en las últimas palabras escritas por Antonio Machado, en el puertecito de Collioure, en febrero de 1939, y que en papel arrugado halló su hermano José; me refiero a aquello de:

Estos días azules y este sol de la infancia.

La expresión lírica, los lazos de los recuerdos, la inextinguible llama de lo amado, el amor, y la creación:

Todo amor es fantasía

y lo vuelve a decir de otro modo:

No, mi corazón no duerme.

1.2. *Su madre*

Antonio Machado adoró a sus padres y, acaso de modo especial, a su madre. Los azares de la vida y de la guerra de España, hicieron que pese al peso de los años y al quebranto de la salud física y mental, la madre del poeta fuese a morir junto a su hijo, y enterrada se halla también en Collioure. El poeta, en el viaje del exilio, con ternura la miraba y la cuidaba. Es lo que han contado testigos de aquel entonces. Pero en las galerías del alma dejó que se alojara su amor, y no en sus textos. Sólo rastreando se hallan ecos y más bien deshilachados. Pero tenía importancia para el poeta ese querer, el que recibiera de su madre y el que él devolvía.

1.3. *Leonor*

La gran tragedia de su existencia. El amor y la muerte. Visto y no visto, aunque dejando un poso amargo y cuya constancia duró años y años en la sensibilidad machadiana. Leonor, la jovencilla amada y muy pronto desaparecida, la herida entreabierta y de muy difícil cerrazón, arrebatada por la enfermedad. Amores en Soria, amor en la altiplanicie fría y desolada, siendo floración la mirada y la vida de Leonor. Queja y lamentación, así fue la voz machadiana, no el canto para lo presente, sino más bien para lo perdido, con «el desgarrón de las entrañas». Es en «Campos de Castilla» donde trasluce la querencia y el dolor:

Sentí tu mano en la mía,
tu mano de compañera,
tu voz de niña en mi oído
como una campana nueva,
como una campana virgen
de un alba de primavera.

Y en estampa de muerte, tormenta trae el tiempo para dejar atormentado al poeta:

Una noche de verano
—estaba abierto el balcón

y la puerta de mi casa—
la muerte en mi casa entró.
.....
Mi niña quedó tranquila,
dolido mi corazón.
¡Ay, lo que la muerte ha roto
era un hilo entre los dos!

Soria, con fértil energía en la memoria, por aquellos campos y aquellos barrios, por allí, entre encinares y cerros, «mi corazón está vagando en sueños», nos dice. El monte, el cementerio, los paseos, El Espino, y la irrepetible alegría de vivir, tan sólo persiste, tozudamente, el fluir de la sangre en su soledad:

¿No ves, Leonor, los álamos del río
con sus ramajes yertos?
Mira el Moncayo azul y blanco; dame
tu mano y paseemos.

«En las «Nuevas canciones» se yergue de nuevo el recuerdo y el ausente diálogo en todas sus dimensiones, el poeta añora aquel pasado feliz; porque ahora, sólo hay:

... ¡Desierta cama,
y turbio espejo y corazón vacío!

Antes, en carta a Juan Ramón Jiménez, en 1912, ya le contaba Machado sus temores: «Hace dos años me casé y una larga enfermedad de mi mujer, a quien adoro, me tiene muy entristecido». Tanto fue así, que esta tristeza se hará casi fiel silueta del poeta, nunca desaparecerá más de su rostro. La ternura, cuidarla, y esa tremenda ruptura que lleva por nombre «muerte», lo ciego, lo sordo, lo ajeno, lo incomprensivo, todo aquello que en machado no existía, todo cuanto el poeta rechazaba. Y al producirse la separación, el poeta escribe, dolidamente:

Señor, ya me arrancaste lo que yo más quería.

1.4. *Guiomar*

Con el tiempo y nuevo verdear de primaveras, surgieron nuevas relaciones, nuevas amistades, nuevos amores. Y también otro amor femenino: Guiomar, y surgirá la oleada apasionada, el fuego de un

amor tardío pero intenso, con estilo machadiano, desde luego. O sea, amor más bien secreto, y platónico.

Una mujer, una llamada, una relación que se cobija bajo la palabra «Guiomar». Con los años, se descubrirá la identidad. ¿Qué importancia tiene el que sea en realidad Pilar Valderrama o que tenga otro apellido? Lo interesante, es que el poeta acuda a esa llamada, que se prenda de esa mujer, que la sueñe y la cante. Así fueron surgiendo sus «Canciones a Guiomar». Una mujer como diosa y como blanco en estrofas muy hondas, iniciadas en 1929 parece ser:

Tu poeta
piensa en ti.

O sea, una realidad para el poeta, un incendio en sus sentimientos, y al viajar desde Segovia a Madrid, y viceversa, va soñando, organizando encuentros, reuniones de amor y exaltación, la mujer siempre presente ahora en sus versos:

La damita de mis sueños
se asoma a mi corazón.

Cartas y estrofas, afirmación que durará hasta el verano de 1936, en forzosa separación por la guerra; pero el poeta le escribe, y le dice: «Porque tú eres —no lo dudes— el gran amor de mi vida». Seguro que fue así. Las circunstancias canalizaron esos sentimientos, erizaron fronteras insalvables los destinos de la guerra:

De mar a mar entre los dos la guerra
más honda que la mar. En mi parterre
miro a la mar que el horizonte cierra.
Tú, asomada, Guiomar, a un finisterre.

El final de la tierra, y no el final de un amor. Eso lo escribió desde Valencia, y antes, mucho antes, le recordaba su constancia, su lealtad de amar:

Guiomar, Guiomar,
mírame en ti castigado:
reo de haberte creado,
ya no te puedo olvidar.

Amor machadiano que no olvidaría, que no podía volverse ceniza: «¡Siempre tú!, Guiomar, Guiomar...» Pese a todo, los peligros de la duda y del olvidar, sea quien fuere y como fuera:

..... No prueba nada
contra el amor que la amada
no haya existido jamás.

Pero hubo presencia, la amada axistió en carne y hueso, las citas en Madrid eran esperanza para el poeta. ¿Una fulgurante etapa? Todo es posible, pero ¿cómo quitarle lo bailado? Me refiero a una energía aumentadora de dicha, la motivada por la amada, en su presencia o en su lejanía, algo ya anclado:

¡Sólo tu figura
como una centella blanca
escrita en mi noche oscura!

A mal tiempo, buena cara; Machado se aferra al amor, a los vuelos de su corazón, que inventa con hermosura y gozo cuanto su vida necesita:

inventa el amante y, más,
la amada.

Soliloquio y diálogo, la inserción eterna de dos seres, y lo recuerda una cuarteta machadiana conocida:

Los ojos por que suspiras,
sábelo bien,
los ojos en que te miras
son ojos porque te ven.

El amante, la amada, el amor, lo que para siempre le acompañará, meses y meses en su juego de cuatro estaciones, y al pensar en Guiomar, en sus «Coplas» escritas en Valencia, seguramente a fines de 1937, o ya acaso en 1938, en invierno, dice:

azotan el limonar
las ráfagas de febrero.
No duermo por no soñar.

La siemprevela del poeta, la siemprevela del amor. Tormentas entre naranjales y olivares:

Tengo un olvido, Guiomar,
todo erizado de espinas.
Hoja de nopal.

1.5. *España*

Dolencia honda, aletear esperanzado, así es la senda contradictoria y normal en Machado. España, pueblo en su trabajo y en su poesía. España en arranque desde abajo, en la observación de lo andaluz y luego de lo castellano, España con cortes sociológicos, la España que es y acaso sea, junto a «la España que pasó y no ha sido». Una lenta reflexión machadiana le llevó al tuétano de las cosas del país, a la vida y sueño de los hombres en sus regiones propias, España en sentimiento preocupado y, por ende, hasta conflictiva. España en su enfrentamiento de posibilidades, las que pasan sin llegar a ser historia, y las que pueden pasar para ser médula histórica. Ideal y vivir en una España de plurales, o sea, las dos Españas, las tres Españas. Dando la palabra a Juan de Mairena, Machado explica en «De un discurso político» la hondura de su pensar, el alcance de sus realidades sentimentales, aunando la vastedad del país, sin parcelación alguna: «... la mitad de nuestro corazón se queda en la patria chica; pero la otra mitad no puede contenerse en tan estrechos límites; con ella invadimos amorosamente la totalidad de nuestra gloriosa España». Nada de limitaciones, sin embargo, porque «si dispusiéramos de una tercera mitad, la consagraríamos íntegramente al amor de la humanidad entera». Amor con diálogo, la urgencia de necesarias explicaciones. Pero... una intervención de Juan de Mairena lo respalda y con tristeza confiesa Machado: «En España no se dialoga porque nadie pregunta, como no sea para responderse a sí mismo». Años que fueron y pasaron, años que dejaron hincadas las espinas en Machado. Y el poeta pregunta y habla y su ansia es dialogar. ¿Quién le escucha? ¿Quién va a cruzar el fuero de las palabras acarreadoras de acciones y todo en la amplia solidaridad comprensiva? Nada de corazón en soledad, que entonces no es corazón, y afirmando siempre lo que en sus «Nuevas canciones» dijo y repitiera sin cesar:

El adjetivo y el nombre,
remansos del agua limpia,
son accidentes del verbo
en la gramática lírica,
del Hoy que será Mañana,
y el Ayer que es Todavía».

Una gramática histórica que también es mágica y lírica, la poesía de historia del pueblo, en su recorrido que nunca se borra, eslabones de hoy hacia ayer y hacia mañana, ahí está Machado sitiado y situa-

do, como asediado en sus tentativas de captación del tiempo de España. ¿No es puro amor?

Hay una dualidad de enfoque, desde versos de «La tierra de Alvargonzález» con paisajes en el corazón de España, con «tierras pobres, tierras tristes, / tan tristes que tienen alma» hasta el grito gozoso y definitivamente machadiano de «¡Hermosa tierra de España!», pasándose en la encrucijada que es vértice y dispersión de caminos a los hombres del país, en «Proverbios y cantares»:

Ya hay un español que quiere
vivir y a vivir empieza,
entre una España que muere
y otra España que bosteza.
Españolito que vienes
al mundo, te guarde Dios.
Una de las dos Españas
ha de helarte el corazón.

Escalofrío en versos tan proféticos, tan rotundamente auténticos en su tiempo y en su situación de historia. Le cansaba así la vida al poeta, ¡todo era dolor de España! Con aquellos «olivares polvorientos / del campo de Andalucía» y el dilema de posible tragedia entre la España que ora y la España que alborea, entre la España inferior y esa otra España que nace, «la España del cincel y de la maza... / España de la rabia y de la idea». («El mañana efímero», escrito en 1913). La distancia es vivir y soñar, la profesión de la fe en España y sin parábola alguna.

Entre el vivir y el soñar, España. Siempre. Entre 1936 y 1939 no hubo sino intensificación de esta presencia, y sus poesías escritas en Valencia sobre todo lo atestiguan. Aunque más tristemente que nunca. Más dolidamente, y máxime al pensarla «vendida toda / de río a río, de monte a monte, de mar a mar» (Meditación del día). La espina ya no podría quitársela, y con ella, con España chica y grande, moriría, con esa sangre de amor.

1.6. *El hombre*

¿Cómo no pensar en una temática tan tercamente real y presente en Machado? Casi tentado estoy por decir que es su esencialidad. En un plan de respeto y de amor, la voz siempre dialogadora y escuchadora. Lo humano, la bandera altamente sostenida por Machado. En niveles de comparación acendrada. Sin más y sin menos. En la

línea paralela de lo digno, el hombre en su simbólica representativa de pueblo. Y, lógicamente, el hombre de España, el pueblo de España. Lo que Machado conocía mejor y más hondamente, en sus propios abismos. El hombre que trabaja frente al cacique inútil y nocivo, así se siente a lo largo de sus poesías, y de sus prosas en apócrifos y complementarios. Los años de agitación y huelga que conoció Machado en España, sobre todo en 1917, seguro que influyeron en su quehacer poemático. Se adaptaban a su propio sentir, a su propio meditar.

Vayamos en recorrido junto a Juan de Mairena. Con él, Antonio Machado nos dice que «español suele ser buen hombre, generalmente inclinado a la piedad». Por ello mismo, cabe el análisis y el consejo de educador. Es lo que hace el poeta: «Yo siempre os aconsejaré que procuréis ser mejores de lo que sois; de ningún modo que dejéis de ser españoles. Porque nadie más amante que yo ni más convencido de las virtudes de nuestra raza». Eso no excluye ni severidad ni lucidez, por el contrario, más vale armarse de esas características, y socialmente hablando también. Se debe saber todo, y así por ejemplo, «hay que ser español, en efecto, para decir las cosas que se dicen contra España». Introspección que llega hasta la crueldad, y posiblemente no como ventaja sino incluso como menosprecio de lo que uno es, de lo que somos. ¿Desvarío al estilo de Don Quijote? No, pero tampoco se enderezan entuertos de este modo. Antonio Machado evoca escenas del guerrear de España, ¿y qué pueblo no ha sido guerrero, por las razones que sean? Claro, no decir tan sólo que España es esto o lo otro, lo de aquí o lo de más allá. Machado se siente sereno y vuelve a aconsejar lo que cree oportuno: «Pero pensar así es profundamente antiespañol. España no ha peleado nunca por orgullo nacional, ni por orgullo de raza, sino por orgullo humano o por amor de Dios, que viene a ser lo mismo». Tal vez exagere el buen Machado, don Antonio el bueno, aunque no se le va a escatimar su añejo humanismo, el hombre en su país.

Mucho más importante, porque cala más tajantemente, es otro párrafo maireniano, al decirnos: «... no he dudado nunca de la dignidad del hombre, no es fácil que yo os enseñe a denigrar a vuestro prójimo... Nadie es más que nadie, como se dice por tierras de Castilla.». Y Machado afirma con fuerza, fieramente, y siempre por boca de su amigo complementario y apócrifo Juan de Mairena: «Fieles a este principio, hemos andado los españoles por el mundo sin hacer mal papel. Digan lo que digan». No cabe meterse aquí en camisa de once varas, ni entremeterse en la idealidad independiente de alguien. Quedémonos que con esa dignidad y esa fidelidad se hace y se mues-

tra el hombre de España. El hombre del pueblo, esencialmente. Un hombre liso y llano, de gran corazón y de acogedora *sencillez*. Lo recuerda una estrofa de la composición titulada «El viajero» *(Soledades, galerías y otros poemas)*:

Son buenas gentes que viven,
laboran, pasan y sueñan,
y en un día como tantos,
descansan bajo la tierra.

Vuelve a la lid el poeta gracias a los papeles de Juan de Mairena, en el texto titulado «Sobre cultura popular» (fragmentos de *Los milicianos de 1936)*; lo que le preocupa es la «insuperable dignidad del hombre». El amor trasciende en exaltación, el poeta se apoya en la ética popular: «Nadie es más que nadie, reza un adagio de Castilla. ¡Expresión perfecta de modestia y de orgullo! Sí, «nadie es más que nadie», porque a nadie le es dado aventajarse a todos, pues a todo hay quien gane, en circunstancias de lugar y de tiempo. «Nadie es más que nadie», porque —y éste es el más hondo sentido de la frase—, por mucho que valga un hombre, nunca tendrá valor más alto que el valor de ser hombre. Así habla Castilla, un pueblo de señores, que siempre ha despreciado al señorito». Es, asimismo, el replanteamiento de la vieja sentencia machadiana:

Para dialogar,
preguntad primero;
después..., escuchad.

Que no irrumpa nunca el acento de superioridad, de la malquerida y pretendida superioridad. Para Machado, lo esencial, el amor, «oír y escuchar» al hombre.

DOMINANTES

2.1. *El camino*

Siempre se afanó Antonio Machado en no extraviarse, en no descarrilarse. Vivir y poetizar era función unida, unificada. Caminar, y el imprescindible camino. Para conocer y recordar, siempre en el vivir y en el soñar, una autenticidad pareja del amor, con «la mano compañera», dice el poeta, la mano primeriza y grata, la de Leonor, y sirve para la intimidad y para su diálogo con todo, fundiéndole más

en las cosas presentes y reales o apartándolas y aislando al hombre en caso de necesidad. Un camino, y el consiguiente caminar, el lógico y lúcido encaminamiento. Con conciencia clara, y así el escribir se asimila al caminar, o viceversa. La problemática es saber si se atina en lo caminado, en lo escrito. Y Juan de Mairena advierte que «hemos de hablar modestamente de la poesía». En resumidas cuentas, conviene aclararlo todo, y que la lectura no sea obediencia sumisa y ciega. Sí, debéis recapacitar y en la libertad individualizada, «no toméis demasiado en serio nada de lo que os diga». De nuevo, la exageración machadiana. Porque, entonces, ¿para qué escribir, por qué ir caminando? Antonio Machado, desde siempre, viajero, caminante. Por tierras de España ante todo, como lo fueron o son otros escritores: Cervantes, Azorín, Ortega, Cela... El camino y el caminante son títulos en poesías machadianas. Una identificación constante con lo humano y lo temporal. Porque no hay tachadura posible. El testigo con su mirada y sus oídos receptores, decantando lo sentido y lo vivido, reviviéndolo. Aunque haya cansancio y hay tristeza y haya desaliento. Incesante caminar, obstinación del solitario en su itinerario de soledades. Por eso mismo, en Antonio Machado, hay verbos representativos en zumo y jugo de vida e historia, para que la poesía y el arte nunca paguen de alejamiento del hombre, de una posible deshumanización; son verbos tales como «soñar», «ver», «oír», «hablar», «escuchar», «caminar». Para expresar «una honda palpitación del espíritu... en respuesta animada al contacto del mundo». O sea, que Machado, con Mairena o sin él, tiene lucidez solidaria siempre. Fraternalmente. Caminos para hallarse junto al paisaje, y aunque nacido (por azar) en Sevilla, nos confiesa:

yo tuve patria donde corre el Duero
por entre grises peñas,
y fantasmas de viejos encinares,
allá en Castilla, mística y guerrera,
Castilla la gentil, humilde y brava,
Castilla del desdén y de la fuerza...

Romanceados versos de «La tierra de Alvargonzález», caminos para las palabras y para los hombres que las pronuncian. Lo mismo en la realidad que en el sueño, ya que, nos dice:

... caminos tiene el sueño

y los tiene «sobre la tierra amarga». Por ello es cansino el caminar; no se olvide:

... yo caminaba cansado

y es que se recuerdan conocidos versos machadianos:

He andado muchos caminos,
he abierto muchas veredas...

Siendo, como es de veras el caminante, «suma del camino», «viajero / del áspero camino». ¿No es actividad creadora del existir? Claro que sí, el camino se forja:

Yo iba haciendo mi camino

A veces, ni eso; no se puede caminar, no se puede hacer el camino, no le dejan a uno. Como no le dejan hablar o escribir; el camino es libertad. Para integrarse al paisaje, y en camino de canciones o en camino coloquial, o en el sendero del nacer y del morir. Viajero eterno el hombre, y más aún el poeta. Hoy, ahora, o «cuando llegue el día del último viaje», caminar por los campos de fuera, los de España, y por los campos de dentro, los de las entrañas. Es desnudez cuando se es sincero, caminante de un «amargo caminar». Asimismo, se forjan horizontes e ilusiones. Cabe acompañarle al poeta, y su soledad se llena de presencias:

Yo voy soñando caminos
de la tarde.

La tarde, y la mañana, la amanecida del hombre en su cotidiano canto de vivir, la experiencia, los caminos que le llevan hasta tierra gala, y allí en Collioure, frente al Mediterráneo, el camino es memoria, hoy y ayer y mañana, con «estos días azules y este sol de la infancia», y eran días febrerinos, en 1939...

Caminar es, tal vez, la palabra más significativa de las dominantes en Machado. Lo suyo y lo de los demás, porque «el caminante es suma de camino». Lucidez y exigencia de la participación humana. No puede olvidarse nadie de la realidad:

Caminante, no hay camino,
se hace camino al andar.

¡Qué ley insoslayable! Lo recuerda de otro modo Machado y nos convence:

Caminante, no hay caminos,
sino estelas en la mar.

¿Nuestra trayectoria? ¿Lo que va borrando el tiempo? También hay caminos en el tiempo; o, por lo menos, el hombre es viajero por el tiempo. Caminar, desde el nacer hacia el morir, lento y constante camino. No cabe ausentarse de nada, es lo maireniano, aquello de «¡Porque ya es mucho ir; volver, nadie ha vuelto!» Ya se ve, caminar hacia la nada, el camino hacia la muerte. Viajero con su dolor a cuestas, caminante con su esperanza ante los ojos. No queda más remedio que seguir así, norma de los siglos, y si acaso apasionarse en tal experiencia, proseguir sin hastío la historia que nos tocó vivir, la historia que nosotros hicimos o ahora forjamos, el caminar de todos en la ecuación viajera de cada cual. Machado va por amores y soledades, y nos da su propia impresión:

Todo pasa y todo queda,
pero lo nuestro es pasar,
pasar haciendo caminos,
caminos sobre la mar.

Es decir, sobre la tierra. Por las moradas del hombre. Caminos por donde camina y reside el hombre. En la tierra, Soñando o sin soñar. Porque todo es transcurrir, «pasar». Para Machado, tal es la perspectiva del hombre. Y más, naturalmente, en su España. Caminos de España, meseteños y parameranos, junto a caminos del sur.

2.2. *El tiempo*

Nos sirve de adecuada introducción un diálogo transcrito por Miguel Pérez Ferrero *(Vida de Antonio Machado y Manuel,* Rialp, Madrid, 1947), no hay pérdida en las palabras empleadas, cuyo sabor general y hondo señala la huella y el rumbo de lo temporal en la concepción poética de Antonio Machado. En ambos hermanos surge la conversación acerca del fluir del tiempo en la poesía: «Tu poesía no tiene edad, dice Manuel a Antonio. La mía sí la tiene». Y éste le responde: «La poesía nunca tiene edad cuando es verdaderamente poesía».

Pueden establecerse niveles de comparación y aducirse argumentos, pero lo dicho por Antonio Machado es importante. No tener edad la poesía, cuando lleva y conlleva sangre del tiempo, cuando rezuma historia del tiempo poético en su cuenta y canto. Cantándose lo contado, el lector se halla de buenas a primeras con una poesía arraigada. Y, nos dice Antonio Machado, precisamente por eso, es verdade-

ramente poesía. No tiene edad, pero no está fuera de la edad; es su esencialidad. Su solidaria y enriquecida soledad.

Con Juan de Mairena del brazo, Antonio Machado esparce al viento la semilla de su poética: «La poesía es diálogo, el diálogo de un hombre con su tiempo». Al zafarse de vaguedades, queda dentro de la experiencia vivida, soñada, asumida. Y ahí surgen tres mundos temporales: *a)* real, cuyo itinerario es la vida sin escapatoria, lo vivido; *b)* poético, con símbolos y con memoria, para ir hacia el pasado, que lleva al poeta al pretérito a ratos añorado, a ratos inventado; *c)* psíquico, y claramente se especifica su significación. La poesía escoge su momento y sin maniobras de ninguna clase, ofreciéndose y acogiendo. En su trilogía de tiempos y mundos, los que acaban de citarse. En la claridad y en la sencillez. Todo ello acaso tenga sus raíces en la actitud pensadora del poeta, ya que es sabido que mucho le interesaba la filosofía, y durante su estancia en la capital gala asistió a cursos de Bergson, y luego, mucho más tarde, se interesó por la filosofía de Heidegger. Las nociones de «durar» y «esencialidad» siempre fueron atracción en Antonio Machado, en conciencia temporal y que nada de extraño tienen en quien se confesó como discípulo bergsoniano. Temporalidad que, pese a todo, acarrea su interpretación correspondiente. Temporalidad, fulguraciones, vibraciones, las gamas diversas y hondas del tiempo de los hombres, del tiempo vital de historia y del pueblo. Tiempo, pues, de poesía machadiana. Tiempo de una poesía sin edad. Que (en «Los Complementarios») muestra ansia y angustia hacia lo que pensó en 1915-1920 y que es «captar el tiempo y eternizarlo». O sea, casi las cuatro estaciones de la instantaneidad.

Así, lo temporal histórico y lo temporal existencial se funden y desembocan en el hombre-poeta, soñador solitario que puede ser testigo y actor del tiempo. ¿Contradicción en la aventura de vivir y escribir? No, ni mucho menos. Y dos estrofas nos recuerdan la postura machadiana en sus afanes concretos; por un lado:

Canto y cuento es la poesía.
Se canta una viva historia,
contando su melodía.

Y por otro lado, en cabal afirmación que se resume como demostración sin necesidad de pruebas, Machado dice:

Ni mármol duro ni eterno,
ni música ni pintura,
sino palabra en el tiempo.

Todo eso es conocido, la lectura de la obra machadiana vuelve a subrayar los elementos del existir y, asimismo, la fuerza de los recuerdos, una memoria cooperadora, activa. Y cuando escribe que «por añadidura» se dará el poeta toda su resonancia anhelada, Antonio Machado recoge los latidos y las respiraciones del tiempo que se vive, y que puede ser también «viveza lógica y gracia» en el lenguaje, esto es, en el imperativo diálogo. Y recuérdese que en la temporalidad del verso, el poeta escribió: «converso con el hombre que va siempre conmigo». Pensamiento y acción. Que Juan de Mairena, dándole vueltas al asunto, acertó a proclamar de otro modo: «... si dais en escritores, sed meros taquígrafos de un pensamiento hablado». Tiempo de la actividad junto al tiempo de las interioridades. Ansia que también una copla dada en la prosa maireniana explica el temar popular del tiempo machadiano:

La pena y la que no es pena,
todo es pena para mí:
ayer penaba por verte;
hoy peno porque te vi.

Fluyendo, vive la pena, y en oscilaciones de tiempo persiste y vive la pena; ¿no se retrata así el diálogo íntimo del poeta, su preocupación?

La homogeneización del eco, la gracia cantarina del recuerdo (esto es, de lo que cabe contar) es luz. Arranque que se expone en «Retrato»:

Mi infancia son recuerdos de un patio de Sevilla,
y un huerto claro donde madura el limonero;
mi juventud, veinte años en tierra de Castilla;

y el tiempo puede añadirse y sumarse, una agregación de años, muchos más de los veinte que Antonio Machado ya indicaba. Era entonces. Y siguió en tierra de Castilla hasta casi su muerte. De aquel tiempo, y sobre todo de la memoria sensible de tierras del sur, subsistía la luz. La luz de la infancia, la luz de la ciudad andaluza donde naciera el poeta. Y se recogía asimismo en la linde del morir. La trayectoria fue de mucha duración, esto es, simbolizaba su vida entera. Así:

Esta luz de Sevilla...

Desde esa frase, en una de los sonetos de «Nuevas canciones» (1917-1930) se puede establecer un puente directo con el tiempo de

la memoria, pasándose a otra frase escrita en febrero de 1939 y que siempre irrumpe como hermosura machadiana del hombre y de su soledad creativa; me estoy refiriendo, lógicamente, a:

Estos días azules y este sol de la infancia.

La poesía machadiana llevaba sangre de tiempo, el poeta se sentía recorrido por el tiempo. Una anulación de años, el tiempo es instantaneidad y es eternización. Lo es para todos los poetas.

2.3. *El sueño*

Como común medida (y no denominador común) la distancia entre tiempo y sueño, las vueltas de la noria. En madurez representativa de Antonio Machado. Soñar, y ritmos de ensueño. Cascada, o surtidor, pero nunca riada. El sueño, como arroyo lento y pausado. Algo que viene a ser un caminar fuera de existir, y a ratos casi irse fuera el tiempo, una sueñística siempre presente en Antonio Machado. Evoquemos así:

Yo he visto mi alma en sueños
cual río plateado.

Situación que se observa en «Soledades, galerías y otros poemas», y luego puede ocurrir que el río se vuelva espejo, pero siempre dentro del soñar. Paisajística no puramente inventada, sino entrevista, es decir, soñada. ¿Añorada en sueños? Es muy posible. Sin excesiva evasión. El soñar esperanzador.

Espectáculo del vivir, que el poeta acogía y modelaba en su sentimentalidad, y que nos dice que veía «en el profundo espejo de mis sueños» («Introducción», en «Galerías»). Pero todo Machado está lleno de sueñística, y desde lo concreto saltaba el poeta a lo abstracto, yendo hacia los símbolos soñados. Incluso sueños del paisaje, el sueño del mar por ejemplo, «¡Castilla, hacia la mar!». Emoción pura y ahondante, pregonada como despertar ante la inmensidad de lo real y de lo histórico. Es cual trampa engañosa. Y en el «cancionero apócrifo», según Abel Martín, Machado nos lo advierte:

Malos sueños he.
Me desperté.

Es lo que asimismo nombra «los sueños dialogados» (en *Nuevas canciones*). ¿Es por que se dirigía el poeta a su soledad, su «sola com-

pañía»? Es tensa la realidad del ser machadiano, y en uno de los sonetos de esos sueños dialogados, léese:

Con el incendio de un amor, prendido
al turbio sueño de esperanza y miedo,
yo voy hacia la mar, hacia el olvido...

La potencia del soñar, la posibilidad de realizar y de escapar, el poeta con su corazón eternamente preocupado, y acaso por ello (amores con rosa de los vientos) sin cesar de verse «prendido / al turbio sueño de esperanza y miedo». ¿Es, asimismo, la línea de separación entre las dos vertientes del hombre que piensa, soñar entre la esperanza y el miedo? Con tamaña andadura de los días, el poeta adopta otra orientación:

No duermo por no soñar.

Nos lo dice desde Valencia, en meses finales de su existencia, tras haber recibido con la guerra el tajo definitivo a su último y tardío amor, «la soñada miel de amor tardío» y cuando «al revivir su rojo Romancero», el poeta «recuerda las tierras de Soria» o su «Sevilla infantil ¡tan sevillana!». ¡La guerra! El poeta anda sin sosiego, todo es vivir al día y muy alerta; así se lo expone a las juventudes en el himno *Alerta*, para que el sueño no invada todas las comarcas de la sensibilidad y del cotidiano vivir en horas de amanecida y profunda noche:

... ¡Ay del dormido,
del que cierra los ojos, del que ciega!

Poesía escrita en tiempo conflictivo de guerra, en palabras rezadas a solas o en los mil sufrimientos de todos, y así piensa el poeta, es su única posibilidad. La dictada por la vida de España. ¿Qué ensueño puede borrar la tragedia con sus zonas de esperanza y miedo? Medita en el día, «pienso en la guerra». Vivir dialogando, morir dialogando, escurridiza alegría del lenguaje, y adiós a los ensueños ante las olas azules del Mediterráneo. Con sus recuerdos en las venas. Tal vez con imposibles sueños, retorciéndose los dedos por impotencia y con lágrimas en los ojos, es decir, soñando de veras, el ensueño que era lo que de su existencia no se escapaba. El poeta atado a su sueño de España. Su vida fue endémico soñar. Todo era empuje al ensueño. Amores apenas gozados, vejez prematura, dolor en lo hondo de las palabras más o menos secretas. Los cauces de sus

estrofas tenían que acarrear, por fuerza, el sueño de los hombres, el sueño de la amada, el sueño de España. Pero, ¿es que la aleteante vida intuitiva de un poeta puede ignorar la savia del soñar? Sí, sentir lo que existe y nos rodea, ver cuanto puede acontecer, la totalidad poemática es como la totalidad vivida. Porque, ¿no se trata de convergencia? En Antonio Machado se destaca el sueño como animador de la poesía. Un sueño de no dormido, para conservar intacta la sangre vivificadora. De otro modo, durmiendo, se soñaría «mal», sería la falsedad del sueño, la descarnada silueta del soñar, la invención y no la palabra puesta donde debe estar: junto al pueblo, en la sentimentalidad analizadora y lúcida. El poeta no puede dormir, pero el sueño es imán, el ensueño encauza verdades. Para Antonio Machado, el ensueño lleva heridas, es sueño malherido. Ensueño de amor y de esperanzas.

JACINTO-LUIS GUEREÑA

37, Avenue Marcel Castié
TOULON (France)